

Chiquita

Marcelo Figueras

Chiquita es la historia de una excepción. En el sentido más literal, nos habla de una excepción a las normas de la genética: la existencia de Espiridiona Cenda, una joven cubana nacida en 1869 de padres normales, que nunca creció más allá de los 65 centímetros de estatura. De proporciones perfectas, era en más de un sentido una muñeca que había cobrado vida. Pero *Chiquita* no es un libro de no ficción, sino una novela. En este sentido, su vocación por lo excepcional se duplica. La narrativa ha tendido siempre a contarnos aquellas historias que se aproximan al costado más insólito de la experiencia humana: héroes y villanos, gigantes y aventureros, jorobados y quirománticas. Es lógico que así sea: de otro modo, la literatura estaría más cerca de la estadística. Pero en la escritura de Antonio Orlando Rodríguez, *Chiquita* aspira a la herencia de la tradición más rica de la literatura occidental: la que intenta referirnos cómo son las vidas de aquellos que, por elección o destino, viven experiencias totalmente diferentes de las nuestras.

Sin embargo *Chiquita* se aparta de la norma también en otro sentido. Es una novela que recrea la historia de un personaje real, en tanto Espiridiona, a pesar de su nombre que suena a medicamento, existió de verdad. O por lo menos con toda la verdad necesaria para formar parte de la galaxia Google, que por cierto no es mucha. A veces pienso que Google es la mejor de las invenciones posibles para un escritor. ¿Qué mejor desafío para uno de nosotros que concebir un personaje y convencer al mundo, Wikipedia mediante, de que en verdad existió? A mí no me consta que Chiquita Cenda haya existido de verdad. En lo que a mí respecta, bien podría tratarse de una completa invención de Antonio Orlando Rodríguez, con la ayuda de unas cuantas fotos viejas y referencias a una serie de libros y medios de consulta tan difícil que linda con lo imposible. Lo que sí me importa es que *Chiquita* resulta verosímil. Y que Rodríguez la torna verosímil no por su apego al realismo, como hacen tantos otros libros que novelan personajes históricos, sino precisamente por la manera en que abraza la excepcionalidad de su personaje. Chiquita Cenda, que habría sido extraordinaria desde la primera hasta la última hora de su vida, no podía ser recreada por un texto gris, de vocación notaria. En todo caso, se merecía una novela que fuese tan juguetona como su propia genética.

Habiendo trabajado largos años como periodista, le creo a Rodríguez cuando dice que algunas de las partes más increíbles de la historia de *Chiquita* son ciento por ciento verdaderas. La liliputiense surca el fin del siglo XIX y los albores del XX a la manera de *Forrest Gump*: estuvo en todas partes y los conoció a todos: desde William Cody, o sea Buffalo Bill, hasta Sarah Bernhardt y la Bella Otero. Y desde su estatura mínima, nos proporciona un ángulo de visión sobre la época y sobre aquellos personajes que, inevitablemente, es tan excepcional como su existencia.

Si algo resulta irresistible de *Chiquita* la novela, es la tentación de perderse en el juego que propone. ¿Qué es lo real y qué no, dónde termina la historia y dónde comienza la literatura? En un tiempo en que escritores y medios conspiran para convencernos de que la literatura debe ser hermética o no ser nada, Antonio Orlando Rodríguez nos guiña un ojo confirmándonos lo que siempre supimos: que desde la primera hasta la última hora de su existencia, la escritura no ha sido ni será nunca un juego de solitario, sino un juego que precisa como mínimo de dos: el autor y el lector.

Texto leído por Marcelo Figueras durante la presentación de *Chiquita* en Buenos Aires, en julio de 2008. Publicado como parte del apéndice de *Chiquita*, Madrid: Punto de lectura, 2009.